

# LOS NEGOCIANTES DE LA PUERTA DEL SOL

NOVELA INÉDITA

POR

**Carmen de Burgos (Colombine)**

## I

Miraba con ira aquel sol tan espléndido que iluminaba más de lo que le convenía su traje manchado, los zapatos sin tacones y el sombrero mugriento. Había tenido deseos de que pasasen los días del invierno, que había sufrido, mal abrigado y sintiendo penetrar el agua a través de su calzado, pero ahora echaba de menos la media luz discreta y velada que disimulaba el horror de su indumentaria.

Acostumbrado a concurrir todos los días a aquella acera, punto de cita «de los grandes negociantes», tan ricos de ideas y proyectos como escasos de dinero, no prestaba atención a la multitud que pasaba a su alrededor, ni al aspecto que la Puerta del Sol ofrecía a aquella hora.

Más que el reloj del Ministerio de la Gobernación, marcaba las horas el aspecto de la gran plaza, que de hora en hora ofrecía un cambio notable. Era allí donde en las primeras horas de la mañana se percibía el bostezo de la ciudad que se despertaba y donde poco a poco iba afluyendo la vida toda, como si cada una de las calles que conducen a ella fuesen los grandes ríos que reciben a su paso a todos los tributarios y van a desaguar en ese océano de la Puerta del Sol, siempre revuelto y turbulento.

Aquel barullo parecía que lo tonificaba, que había algo en la corriente de una gran muchedumbre que engendra una especie de energía eléctrica. Había sido siempre la Puerta del Sol el lugar más concurrido de Madrid, al que acudían todos aquellos arrieros y carreteros de las diferentes provincias de España, que entraban por la Puerta de Toledo a vender sus mercancías, cuando aún no había ferrocarriles.

La tradición se conservaba. La Puerta del Sol seguía siendo el punto de reunión de todos los desocupados, y de todos los forasteros que llegaban a Madrid. El Ministerio de la Gobernación traía también su concurrencia especial, un ochenta por ciento de las gentes que entraban en él eran provincianos que llegan a Madrid a solicitar los empleos que les ofrecieran los caciques.

En vísperas de elecciones la concurrencia aumenta: policías, agentes electorales, pretendientes a gobernadores... La afluencia de gente impide a veces andar. El cruce de tranvías que ha sustituido a los tranvías de mulas y a los rippers de Oliva, la multitud de coches que tienen allí su estación o la cruzan en todas direcciones... gente que espera los tranvías en las paralelas; concurrencia del Ministerio, de los cafés; compradores de los comercios; vecinos de la gran plaza (aunque nunca se piensa en que son vecinos de allí los que pasan,) vendedores, golfos... Ese conjunto de gentes del pueblo y gentes bien vestidas, esos señores de sombrero de copa, que caminan a pie y esas señoras que llevan guantes blancos a cualquier hora del día; las niñas vestidas como de baile o de teatro y las mujeres con mantón; los paletos con los trajes típicos de salmantinos o las lagarteras de Toledo: todo eso revuelto, confuso, mezclado, en una nota tan intensa de co-

lor y de vida que es única de la Puerta del Sol y no ya única en Madrid, y en España si no en el mundo todo. Por eso veía con tanta frecuencia a los extranjeros, acostumbrados a más grandes capitales, embebecidos y suspensos en la Puerta del Sol, entre la nube de chicuelos que ya los ha notado como extranjeros y los asedia procurando venderles sus mercancías y engañarlos, si se descuidan un poco.

Generalmente la burla de la multitud sigue a todo extranjero, aunque lo traten de explotar. Todo extranjero que da algo es *un inglés* y lo miran con el respeto que inspiran las libras esterlinas; y todo extranjero que no da nada es *un franchute*. No se tiene idea de que existan y puedan visitarnos gentes de otros países; sino cuando pasa un marroquí o un chino con su traje nacional, que hace correr a la gente detrás de él y que los guardias tengan que proteger su paso.

A medio día, a la hora de la salida de las oficinas, se notaba allí más que en ninguna otra parte la animación febril del trabajo. Las paralelas se llenaban de obreros y empleados, ansiosos de tomar su puesto en los tranvías, y las aceras se poblaban de la multitud que pasaba de prisa, apresurada, en esa mezcla abigarrada de los elegantes y los hombres de blusa, las mujeres de mantón y las de sombrero, los mendigos y los chicuelos derrotados y astrosos con las gentes bien vestidas.

Después venían unas horas de mayor silencio, de mayor calma, unas horas como de descanso y siesta; parecía entonces que los tranvías cruzaban más perezosos y los coches más de prisa; los comercios cubrían sus escaparates; se cerraban las ventanas; sólo los que iban a sus quehaceres pasaban espaciados por las aceras. Esta era la hora de las citas; la hora de la sobremesa; cuando muchos hombres podían marchar reunidos al café para tratar mejor un asunto.

El calor era en aquellos momentos insoportable, la gran plaza justificaba su nombre por la fuerza con que el sol caía sobre ella, llenándola toda, abrasándola. Los que no podían ir al café y se veían obligados a ventilar sus negocios en la calle se desesperaban.

—Antes tenía taldos. Ahora debía seguirlos teniendo, porqué es inaguantable que el Gobierno consienta este calor—decían, con esa costumbre, tan arraigada de dar la culpa de todo a los gobiernos y de esperar lo todo de ellos.

Más tarde era ya un imposible el permanecer allí. Empezaba la hora de la alta marea. La hora en que se encendían las luces, los anuncios móviles y brillantes se encendían y apagaban, dando la impresión de una corriente de lava que iluminase con su oro encendido las fachadas de los edificios. Era la hora del tumulto, del ir y venir de coches y automóviles; del cruzar de tranvías, haciendo sonar el «tan tan» de su timbre de aviso; de la afluencia de floristas y de vendedores de periódicos, libros, juguetes y baratijas de todas clases que se pregonaban a voz en grito. De los escaparates de las tiendas, de los cafés, de los hoteles, de las casas se escapaban ríos de luz, ecos de vida, que venían a aumentar la bulla, la animación, la algazara que da todas las tardes a Madrid el aspecto de un pueblo en fiesta, como si celebrase una romería o verbena.

Los vendedores ambulantes han tenido siempre una predilección por la Puerta del Sol. Es aquí donde se han lanzado todos los gritos callejeros de los pregones que sería curioso conservar hoy que se uniforma a las floristas de la Puerta del Sol, y que los vendedores, con sus tableros colgados ofrecen limpiamente las mercancías; no se tiene idea de los otros vendedores, muchachos descalzos y sucios; mujeres desgrefñadas y en chanquetas, hombres astrosos y llenos de lamparones que gritaban:

- ¡Rabaninitos y coooles!
- ¡Al queserooo!
- ¡Llevo aaceeiitee!
- ¡Quien me compra un gallo!
- ¡Poollos y huevos frescos!

En medio de esta bulla el sartenero chocando las sartenes con estrépito atronador; los vinateros con el pellejo a la espalda infestándolo todo de olor a pez y

**LA NOVELA  
CORTA**

LOS NEGOCIANTES DE  
LA PUERTA DEL SOL

por

**"COLOMBINE"**

**10 cts.**

